

BRETÓN DE LOS HERREROS, MANUEL (1792-1873)

*MARÍA ESTUARDA*

Tragedia en cinco actos

PERSONAJES

ISABEL, reina de Inglaterra.

JORGE MORTIMER.

MARÍA ESTUARDA, reina de Escocia.

SEIMUR.

ANA KENEDI.

CRIADOS de María de ambos sexos.

ROBERTO DUDLEY, conde de Leicester.

EL SHERIFF DEL CONDADO.

CECIL, barón de Burleigh.

GUARDIAS.

MELVIL, lord escocés.

PAJES.

AMIAS PAULETO, gobernador del castillo de Fotheringay.

ESCUDEROS.

La escena es en Inglaterra (1587) en el castillo de Fotheringay. El primer acto y el quinto en la habitación de MARÍA; los restantes en un salón con vistas a los jardines de Fotheringay.

ACTO I

*Escena I*

ANA. PAULETO.

Dos criados atraviesan el teatro con una cajita y papeles.

ANA

¡Ah! por piedad, a mis humildes ruegos

no de bronce seáis. Cuando arrancada  
del fuerte de Talbot en esta torre  
vino a esconder María su desgracia  
¿de menos dura esclavitud en vano  
concebimos la plácida esperanza?  
¿Vos de sus implacables enemigos  
instrumento seréis? Aquí postrada  
su fiel nodriza por su Reina os pide.

PAULETO

Señora, alzád...

ANA

Volvednos esas cartas,  
esas cartas, señor, de sus desdichas,  
de su luengo penar depositarias,  
y esa real diadema que en su frente  
brilló un tiempo de lises adornada,  
y los hermosos días le recuerda  
en que fue de los galos Soberana.  
¿Le negaréis también este consuelo?

PAULETO

Órdenes tengo; mi deber lo manda.

ANA

¡Bárbara humillación! ¡Horrendo crimen!  
El tenebroso horror de esa muralla  
impenetrable al sol ¿a quién podría  
anunciar de una Reina la morada?  
¡A tanto mal la destinaba el cielo  
cuando en los días de su tierna infancia  
la corona ciñó, con regia pompa  
en la corte de Médicis criada,  
y esperanza y honor de tres naciones  
Reina fue de Inglaterra, Escocia y Francia!

PAULETO

¿De Inglaterra?...

ANA

¿Qué digo? He aquí su crimen  
y la ocasión fatal de sus desgracias.  
¡Nunca heredara tan funesto nombre!  
Sus derechos al trono de Bretaña  
son sólo su delito.

PAULETO

¿Y qué derechos  
para aspirar al cetro la acompañan?  
La corona real de Enrique Octavo  
¿pudo ceñir jamás sin usurparla?  
Del trono paternal ¿pudo sin crimen  
feroz ardiendo la discordia insana  
lanzar a la legítima heredera  
y del estado renovar las llagas?  
¿Cuál de Bretaña, ¡oh Dios! fuera la suerte  
si reinase María? La inhumana  
para afianzar su criminal victoria  
al poder del francés nos entregara.  
¿Por qué, decid, los pactos de Edimburgo  
despreciar delirante? ¿Por qué causa  
no abandonar quiméricos derechos  
y sus grillos romper? Sin duda aguarda  
conquistar la Inglaterra armando al orbe  
desde el oscuro centro de este alcázar.

ANA

¿Qué decís! Sin socorros, sin amigos,  
dentro de estas paredes solitarias,  
¿cómo tal intentar, ni qué temores  
infundir a Isabel?

PAULETO

¡Qué! su arrogancia,  
su fiera obstinación ¿acaso ignora?  
Desde el horror de su cerrada estancia  
¿no supo armar del regicida acero  
de Babington la diestra temeraria?  
Norfolk, en fin, Norfolk, ese valiente  
que la Inglaterra entera idolatraba,  
por conquistar la mano de María  
¿no rindió a los verdugos su garganta?  
¿Y su muerte bastó? De cien ingleses  
la noble sangre los cadalsos baña,  
que de morir por ella conspirando  
se disputan fanáticos la palma.  
¡Ah! maldición al execrable día  
en que, a turbar con sus funestas gracias  
la paz de tantos pueblos, hollar pudo  
el suelo inglés la fugitiva Estuarda!

ANA  
¡Desgraciada!

*Escena II*

MARÍA. ANA. PAULETO.

ANA  
Señora, a nuevos males  
el alma prevenid. Sin que alcanzaran  
mis lágrimas piedad, vuestros escritos  
en este mismo instante os arrebatan,  
y la real diadema, único resto  
del antiguo esplendor de Soberana.  
¡Todo lo habéis perdido!

MARÍA  
Enjuga el llanto.  
A esos vanos adornos puede el alma  
sin pena renunciar. Ni ellos me dieron  
el título de Reina, herencia santa  
que sólo el cielo nos concede. El hombre  
nos oprime tal vez; no nos degrada.  
Tan triste obligación repugna acaso  
a vuestra sangre y venerables canas;  
lo sé, y os compadezco. Mas, Pauleto,  
entre esas cartas que arrancarme os mandan,  
no sé si vuestra Reina o sus ministros,  
un escrito hallaréis que yo intentaba  
a Isabel dirigir. De vos espero  
que le será entregado sin tardanza.

PAULETO  
Cumpliré mi deber.

MARÍA  
Con insolencia  
sus vasallos me juzgan. De tamaña  
humillación herida, solicito  
que me oiga vuestra Reina. ¡A sus miradas  
voy a ofrecerme por la vez primera!  
A pesar del rencor con que me agravia,  
igual en título y en sexo,  
verá en mí una mujer, verá una hermana,  
verá en fin una Reina.

PAULETO  
Adiós, Señora.

MARÍA  
¿Partís, Pauleto? ¡Oh cielo! ¡Y en la amarga  
incertidumbre me dejáis de nuevo!  
¿No sabré yo la suerte que me aguarda?  
De esta prisión en el recinto oscuro,  
¡triste de mí! del mundo separada,  
en mis oídos el humano acento  
se niega a resonar. En este alcázar  
un tribunal terrible se congrega  
para escucharme y sentenciar mi causa.  
Su aspecto me aterró. Mal de mi grado  
a su presencia parecer me mandan  
sola, sin defensor, a mi inocencia,  
a mi sola inocencia abandonada.  
Pasose un largo mes, y en torno mío  
aterrador silencio todos guardan.  
¿Cuál es mi suerte en fin?... Hablad.

PAULETO  
Señora,  
en Dios pensad.

MARÍA  
Me anima la esperanza  
de que ve mi inocencia, y el sendero  
sabrás mostrar a la justicia humana.

PAULETO  
A todos guarda el premio merecido.

MARÍA  
¿Nada sabéis del Parlamento?

PAULETO  
Nada.

MARÍA  
¿Mi suerte se fijó?

PAULETO  
No sé.

MARÍA  
Los Pares  
¿osarán condenarme?

PAULETO  
No sé.

MARÍA  
Basta.  
Nada, Pauleto, sorprenderme debe.  
Conozco a vuestra Reina.

*Escena III*

MARÍA. ANA. PAULETO. MORTIMER.

MORTIMER  
En la cercana  
habitación, señor, para dictaros  
preceptos de la Reina un lord os llama.

PAULETO  
Mortimer, ya te sigo.

MORTIMER se retira sin dar a entender que ha reparado en MARÍA.

MARÍA  
Mi presencia  
algún respeto a Mortimer demanda.  
Recordadle un deber que desconoce.  
Bien que me oprima esclavitud tirana,  
aún soy Reina, Pauleto. A vigilarme  
¿también su ardiente celo se consagra?

PAULETO  
No lo temáis, Señora: es caballero,  
es deudo mío, es hijo de mi hermana.  
Hoy de nuevo, la Francia abandonando,  
en el nativo hogar su huella estampa.  
Bien puedo descansar en su nobleza  
si encomendarle quiero vuestra guarda;  
que para seducirlo vano el llanto,  
vano fuera el poder de vuestras gracias.

ANA

¡Cruel!

*Escena IV*

MARÍA. ANA.

MARÍA

Harto en los días de mi gloria  
me halagó la lisonja cortesana:  
hoy es justo tal vez que en la miseria  
me resigne a escuchar tales palabras.

ANA

¡Ah, Señora!

MARÍA

Ocultártelo no debo.  
Entre esas letras que el furor me arranca,  
¡no sé, infeliz! si el nombre de Leicester  
estampó alguna vez mi mano incauta.  
Sabrá Isabel nuestra amistad secreta.

ANA

¡Yo tiemblo!

MARÍA

Acaso mi sospecha vana  
es hija del terror; mas, ¡ay! no puedo  
esta duda fatal lanzar del alma.

ANA

Se acerca Mortimer y nos escucha.

*Escena V*

MARÍA. ANA. MORTIMER.

MORTIMER

A ANA.

Retiráos, señora.

MARÍA

¿Quién lo manda?  
No te apartes de mí.

MORTIMER  
Leed, Señora,

y me conoceréis.

Presenta a MARÍA una carta. Ella la mira con sorpresa.

MARÍA  
¡Oh Dios!

MORTIMER  
A ANA. Dejadla  
breves instantes sola.

MARÍA  
Vete, y cuida  
que nadie nos sorprenda.

*Escena VI*

MARÍA. MORTIMER.

MARÍA  
¡Ah! ¿no me engañan  
mis ojos? ¿será sueño? ¿en vuestra mano  
del mejor de mis deudos una carta?  
¡Del cardenal de Guisa! ¿Qué me anuncia?  
¡Hablad! ¡hablad! A mi prisión amarga  
un ángel os conduce.

MORTIMER  
Perdonadme  
si el celo que a serviros me consagra  
de aborrecible máscara me cubre.  
Mal besara sin ella vuestras plantas.

MARÍA  
Levanta, Mortimer. ¡Oh regocijo!  
¡Oh bien que no cabía en mi esperanza!  
Mas ¿cómo el justo cielo...?

MORTIMER  
El cuarto lustro  
aún no cumplido bien, a Roma, a Francia,

la juvenil curiosidad me impele,  
y lejos vuelo de mi dulce patria.  
Llego al Louvre: conozco al gran prelado  
defensor de la iglesia sacrosanta,  
de vuestra madre augusta hermano y guía,  
y del estado indómita muralla.  
Cual amoroso padre me recibe.  
De entre sus labios la verdad sagrada  
a mi ofuscado corazón desciende,  
y los dogmas heréticos arranca.  
¡Tan grande era el poder de la elocuencia  
que el Dios por quien combate le inspiraba!

MARÍA

¡Oh quién te viera, venerable Guisa!

MORTIMER

Absorto un día de su regio alcázar  
contemplando la pompa, en un retrato  
se detiene mi vista embelesada.  
«No sin razón tu pecho se conmueve,  
díjome el cardenal. Víctima infausta  
de la ambición soberbia, esa infelice  
cuya imagen te admira y arrebatada  
por no abjurar la fe de sus mayores  
dura cadena en Albión arrastra.»  
Entonces vuestras penas me refiere;  
vuestras virtudes; que la estirpe clara  
en vos alienta de Tudor; que impía  
os ha usurpado la diadema sacra  
la que en tálamo adúltero naciera,  
y aún su crueldad horrenda no se sacia.  
Mas ¡cuál fue mi contento cuando supe  
que el austero Pauleto aquí os guardaba,  
aquí donde pacíficas crecieron  
las rápidas auroras de mi infancia!  
Paréceme que Dios mi brazo elige  
para romper los grillos que os ultrajan.  
Mi alto designio al cardenal revelo;  
lo aprueba, ufano parto, me acompaña  
su bendición por los hinchados mares,  
y al fin saludo de Albión la playa.  
Yo os vi, Señora, en el dorado lienzo  
bosquejo débil de hermosura tanta,  
y gemía por vos. Ahora que os hablo,  
no ya callada sombra, ahora que blanda

resuena vuestra voz en mis oídos,  
¿qué no haré yo por vos, divina Estuarda?  
No sin causa la bárbara Isabela  
en estos muros cautelosa os guarda.  
Si en la negra mansión abominable  
donde os sepulta la traición nefanda  
todos a su legítima Señora  
como yo venturoso contemplaran,  
a combatir, a perecer por ella  
¡cuál te alzarías, juventud britana!

MARÍA

¿Lo crees tú, Mortimer?

MORTIMER

¿Qué caballero  
ciñera en vano fulminante espada,  
testigo del valor incomparable  
con que arrostráis, María, la desgracia?  
Respirad. Doce jóvenes valientes  
de la primer nobleza en la Bretaña  
restituiros a la iglesia, al trono  
juraron ya sobre la Biblia Santa.  
El español Filipo nos protege.  
Nuestro es el galo embajador. Mañana  
a su palacio todos...

MARÍA

¡Ah! yo tiemblo.  
¡Cuál os ciega quimérica esperanza!  
¿A Isabel no conoces? ¡Desdichado!  
Mil suplicios a todos amenazan.

MORTIMER

Y vos ¿sabéis, Señora, a qué destino  
ha jurado arrancaros nuestra audacia?

MARÍA

¡Qué! ¿se ha dictado ya la atroz sentencia?

MORTIMER

La sentencia que os pierde y nos infama  
pronto os anunciarán. Artificiosa  
y acusando a las leyes de inhumanas,  
aún Isabela vacilar parece.

MARÍA

Mortimer, lo he previsto. ¿Me preparan  
lenta muerte en oscuro calabozo?

MORTIMER

No. ¡Gran Dios! el suplicio...

MARÍA

¡Y tal infamia,  
y tanto crimen sufrirá la tierra!  
¡Y sin tronar la omnipotente saña  
verá caer en bárbaro suplicio  
una frente tres veces coronada!

MORTIMER

¡Oh si dudarlo me otorgara el cielo!

MARÍA

No, Mortimer. Si el Parlamento falla,  
ejecutar la ley toca a la Reina,  
y de tamaño golpe la importancia  
desconocer no puede. ¿A qué mi muerte?  
A sus designios el amago basta.  
Proscripta mi cabeza, ya no duda  
que a mis parciales el terror abata.  
Isabel me aborrece, y bien quisiera  
mi fin apresurar su oculta rabia;  
pero es amante de la gloria, y nunca  
con tal borrón denigrará su fama.

MORTIMER

¡Oh cielo!

MARÍA

Verá al menos su peligro  
si en mi sangre una vez fiera se baña.

MORTIMER

¿Y esperáis...

MARÍA

¡Qué! ¿feroz no volaría  
todo el pueblo francés a mi venganza?

MORTIMER

Si vil segur vuestra garganta siega,

podrá arrancaros de la tumba helada  
el gallo vengativo? Augusta mártir,  
Lorena, Dios, mi honor, la misma Francia,  
el deber me prescriben de salvaros.  
Aceptad...

MARÍA

No. Tu empresa temeraria  
reprueba mi dolor. ¿A qué sin fruto  
aventurar la vida por mi causa  
tan noble juventud? Burleigh acaso  
ya un delator entre vosotros paga.  
Huye, bizarro joven, si aún es tiempo;  
abandona esta isla depravada.  
A cuantos han osado defenderme  
funesta ha sido mi tenaz desgracia.

MORTIMER

No, que adquirieron inmortal renombre.  
Dicha es morir por vos en la demanda.  
Su suerte envidia.

MARÍA

¡Oh Dios! De mis contrarios  
¿quién eludir podrá la vigilancia?

MORTIMER

Yo.

MARÍA

Tan sólo un mortal salvarme puede.

MORTIMER

¿Quién?

MARÍA

Leicester.

MORTIMER

¿Qué escucho! ¿El que la trama  
sólo tejió del infortunio vuestro?  
Privado de Isabel...

MARÍA

De entre sus garras  
Leicester sólo libertarme puede.

Si el noble celo que por mí te inflama  
es constante y veraz, vuela en su busca:  
sin temor tu designio le declara,  
y porque de tu fe dudar no pueda  
preséntale este anillo.

MORTIMER

Lo toma. Mas no alcanza  
la mente mía...

MARÍA

En breve tus recelos  
Leicester calmará.

MORTIMER

Leicester...

MARÍA

Calla.

A ANA, que llega presurosa.

¿Quién se acerca?

ANA

Burleigh.

MORTIMER

El cielo santo  
os dé valor.

MARÍA

Me da la noble calma,  
la dignidad que inspira la inocencia.

*Escena VII*

MARÍA. PAULETO. BURLEIGH.

BURLEIGH

No sin dolor aquí guía mi planta  
del tribunal decreto irrevocable.  
¡Ministerio funesto para un alma  
sensible a la piedad! Pero el estado  
tal sacrificio de mi honor reclama.

Su sentencia...

MARÍA

Callad. Sea cual fuere,  
no la escucho. Ni puedo sin infamia  
de tales jueces someterme al fallo.  
Milord, soy extranjera y Soberana.  
Al más oscuro ciudadano otorgan  
vuestras leyes benéficas la gracia  
de que sus jueces sus iguales sean;  
mas yo no las invoco, no. En Bretaña  
mis jueces ¿dónde están? ¿do mis iguales?  
Sólo pudieran serlo los Monarcas.

BURLEIGH

Perdonad. Ya es tardía vuestra queja.  
Al tribunal que vuestra lengua infama  
sumisa ya...

MARÍA

¡Jamás! ¿Y qué justicia,  
aunque fuese capaz de mengua tanta,  
pudiera yo esperar del Parlamento?  
Vil interés le rige y le avasalla.  
El mismo Dios, sacrílego, somete  
al humano poder. Ya su inconstancia  
por cuatro veces bajo cuatro imperios  
osó cambiar el culto de las aras.  
Mas doy que la equidad sea su norma,  
doy que a vos mueva sólo de la patria  
el sagrado interés y los derechos  
de la que Reina de Albión se llama.  
¿Osáis, decidme, prometer justicia  
a mí, nacida en religión extraña  
y en extraño país? De entrambos reinos  
¿ya olvidasteis la lucha hereditaria?  
¡Ay! destinada me creyera un día  
de cuatro siglos a extinguir la saña  
que del britano al escocés divide.  
Cual Richemundo, un héroe de mi raza,  
uniendo en su persona los derechos  
de la purpúrea Rosa y de la blanca,  
por siempre en este suelo que me oprime  
la intestina discordia terminara;  
yo esperaba también sobre mis sienes  
reunir dos coronas adversarias,

y que entera esta isla bajo un cetro  
feliz viviese en eternal alianza.

BURLEIGH

Dígalo quien os ve de la discordia  
aquí agitar la tea sanguinaria,  
proscribir nuestro culto, nuestra Reina...

MARÍA

¡Oh impostura! Cesad. Vuestras palabras  
a Dios, milord, y a la justicia insultan.

BURLEIGH

Y ¡qué! ¿podéis la delincuente trama  
de Babington negar? ¿Niega María  
que desde su prisión las diestras arma  
de fanáticos viles asesinos?  
Vuestros criados mismos lo declaran.

MARÍA

Si a tal extremo mi desdicha llega  
que sin fe y sin conciencia me difaman,  
¿por qué no comparecen a mis ojos?  
¿Por qué un derecho que al delito alcanza  
negáis a la inocencia? El Parlamento  
dictó no ha mucho un bill, si no me engaña  
vuestro lord canciller, do se consiente  
que el acusado al delator combata.  
Bien que enemigo mío, sir Pauleto,  
incapaz os confieso de falacia.  
Hablad: ¿rige esta ley entre vosotros?

PAULETO

No lo niego.

MARÍA

¿Lo oís? Si de Bretaña  
es fuerza que a las leyes me someta,  
¿por qué no respetáis las que me amparan?

BURLEIGH

La prueba de otros crímenes...

MARÍA

¿Es eso  
responderme, Burleigh?

BURLEIGH

Por vos la España,  
por vos todos los Reyes de la Europa  
sangrientas lides al inglés preparan.

MARÍA

Bien pudiera excitarlos a la guerra  
con más derecho que Isabel tirana  
para prenderme tuvo. Por ventura  
¿vino a invadir María estas comarcas?  
A sus brazos me acojo suplicante,  
vengo a implorar auxilio de una hermana;  
y cadenas me forja. A quien aleve  
de la hospitalidad la ley quebranta  
¿me liga algún deber? Si concibiera  
de quebrantar mis hierros la esperanza,  
si armase en mi favor a todo el orbe,  
¿cuál es el recto juez que me culpara?  
¿Cuándo, decidme, con mayor derecho  
se invocó la fiereza de las armas?

BURLEIGH

No es sin ejemplo ya que el menos fuerte  
de un derecho fatal víctima caiga.

MARÍA

Débil soy, es verdad, contra Isabela.  
Triunfe pues su poder. ¿Por qué retarda  
mi suplicio signar si lo ha jurado?  
Mas no atestigüe la justicia santa  
cuando sólo en su pecho fementido  
la torpe voz de las pasiones habla.  
El hipócrita velo al fin descorra  
a su ambición, a su crueldad innata.  
Confíese que a María su Senado  
puede dar muerte aleve...; no juzgarla.

*Escena VIII*

BURLEIGH. PAULETO.

BURLEIGH

Pauleto, ¡qué altivez!... Ella no ignora  
que en signar la sentencia deseada

Isabel indecisa titubea;  
y aún triunfar imagina la insensata.  
¡Qué sañosa mirada amenazante  
me ha lanzado al partir! Mas su arrogancia  
no intimida a Burleigh. Noble Pauleto,  
perezca una extranjera temeraria.

PAULETO

El brazo de la ley pese sobre ella.  
Mas mi labio, Burleigh, jamás disfrazo  
la severa verdad. Bien que culpable,  
en duras quejas su dolor exhala  
no acaso sin razón. Esos testigos...

BURLEIGH

No los verá. Entre el llanto y las plegarias,  
el ascendiente de su regia cuna,  
Pauleto, a desmentirse los forzara.

PAULETO

Mas ¿qué dirá, Burleigh, de tantos argos  
enemigos de Albión la lengua osada?

BURLEIGH

¡Oh si antes de pisar nuestras arenas  
hubiera dado término la parca  
a su vida fatal!

PAULETO

¡Pluguiera al cielo!

BURLEIGH

Naturaleza al menos excusara  
su muerte a nuestras leyes.

PAULETO

Y a Inglaterra  
los males, oh Burleigh, que le amenazan.

BURLEIGH

Mas ¿qué digo, Pauleto? Aún fenecida  
en lecho amigo, en extranjera playa,  
verdugos nos llamara la calumnia.

PAULETO

No temo yo murmuraciones vanas

si reposa incorrupta mi conciencia.

BURLEIGH

Y... si una mano sigilosa y cauta  
diera a su vida fin, ¿qué testimonio  
del vulgo las sospechas confirmara?

PAULETO

Milord, si es justo el golpe ¿a qué en tinieblas  
fulminarlo una diestra mercenaria?

BURLEIGH

Si la justicia o la crueldad castiga  
no examina jamás plebe insensata.  
Mal tolera el rigor. Al débil siempre  
acriminar al poderoso agrada.  
Tal vez cuando castiga un soberano,  
bien que murmure, sometido calla.  
Como sexo más dulce y compasivo,  
le indigna, aún justa, en la mujer la saña,  
y poco aterra femenil coyunda.  
Yo temo que Isabel si el vulgo clama...

PAULETO

El perdón... a María...

BURLEIGH

No. Ya es tarde.  
O en la sangre se tiñe de su hermana,  
o sucumbe Isabel. He aquí el tormento  
que su angustiado corazón desgarrar  
y tenaz le persigue noche y día.  
En vano mudo el labio lo recata;  
que yo en su rostro perspicaz lo leo.  
Elocuentes me dicen sus miradas:  
¿Por qué un súbdito fiel al pecho mío  
la cruda alternativa audaz no arranca  
de abandonar mi sangre a los verdugos  
o mi pueblo infeliz a guerra infanda?

PAULETO

Y ¿quién será?, decid...

BURLEIGH

Aún de Isabela  
brazos valientes el poder acatan.

Si... sagaces...

PAULETO

¡Oh cielos!

BURLEIGH

El lenguaje  
de un tácito precepto interpretaran...

PAULETO

¡Qué oigo!

BURLEIGH

Si cuando el crimen horroroso  
en sus manos entrega la venganza  
no le guardasen cual sagrada joya...

PAULETO

El nombre de Isabel, su augusta fama  
es joya inapreciable do Pauleto  
jamás imprimirá tan torpe mancha.

BURLEIGH

La Reina al confiaros su custodia  
creyó...

PAULETO

Creyó sin duda que a mis canas  
en la equidad y en el honor crecidas  
dignamente otra Reina confiaba.  
Lejos de mí pensar que me repute  
capaz de una bajeza tan villana.

BURLEIGH

Sola una ley, Pauleto, honor impone,  
el verdadero honor, a quien lo abraza;  
ser al estado fiel más que a sí mismo.  
Tal vez con la apariencia de la infamia  
se cubre alta virtud. Si vuestra mano  
el saludable golpe no descarga,  
permitid que otra sea...

PAULETO

¡Milord! nunca  
hollará un asesino mi morada.  
Mientras Pauleto a la Escocesa guarde

libre respira de alevosa daga.  
La ley pronuncie. Si en cadalso horrendo  
debe dar al cuchillo la garganta,  
lean mis ojos la fatal sentencia,  
y se abrirán las puertas de este alcázar.  
En tanto, como noble caballero  
la senda sigo que el deber me traza,  
y al par que de ella mi lealtad responde  
de vos respondo a la infeliz Estuarda.

## ACTO II

### *Escena I*

LEICESTER. PAULETO. SEIMUR. Varios señores del séquito de ISABEL en el foro.

LEICESTER  
A PAULETO.

Sí, la Reina se acerca, que la caza  
hasta Fotheringay lleva sus pasos.  
Aquí un momento reposar desea.  
Ordenad su hospedaje y, fiel vasallo,  
a su encuentro salid.

### *Escena II*

LEICESTER. SEIMUR.

LEICESTER  
Seimur, yo triunfo.  
Hoy de la Reina conseguir aguardo  
que a su cautiva infortunada vea.  
Su guardia se prevenga, y vos en tanto,  
decidido, sagaz, en estos muros  
a mi primer aviso preparaos.

SEIMUR  
Todo os lo debo; honor, vida, riquezas.  
Con mi celo contad.

LEICESTER  
En él descanso.

*Escena III*

LEICESTER. MORTIMER.

MORTIMER  
Solo está.

LEICESTER  
Tal vez hoy, bella María,  
el término verás de tu quebranto.

MORTIMER  
Milord...

LEICESTER  
¿Qué me queréis?... Mas vuestro rostro...  
¡Oh Mortimer!

MORTIMER  
La ausencia de cinco años...

LEICESTER  
¡En Inglaterra vos!

MORTIMER  
Son pocos días  
que vi de nuevo los nativos campos.

LEICESTER  
Mas vuestra turbación... ¿De dónde nace  
ese inquieto mirar?

MORTIMER  
Se acerca a la puerta principal, observa, y vuelve al proscenio.  
Solos estamos.

LEICESTER  
¿Por qué tanto secreto?

MORTIMER  
Nos conviene.

LEICESTER  
¿Qué me queréis decir?

MORTIMER

Este palacio  
mansión es de una Reina prisionera;  
de la mísera Estuarda.

LEICESTER

Mas...

MORTIMER

¿Hablaros  
puedo con libertad?

LEICESTER

¿Y en vos, decidme,  
puede fiar Leicester?

MORTIMER

Prenda os traigo  
de mi fe. Vedla aquí.  
Muestra el anillo.

LEICESTER

¡María! ¡Oh cielos!  
Bajad la voz. Pudieran observarnos.

MORTIMER

Ella me envía a vos. Entre nosotros  
quiere que de su suerte decidamos.  
Puedo verla, milord; puedo instruirla  
de los designios vuestros. Mas no alcanzo  
cómo Leicester que su muerte ansiaba,  
aquel Leicester de Isabel privado,  
juez de María y opresor sangriento,  
es en quien busca la infeliz amparo.

LEICESTER

Mortimer... Mas decidme, a su partido  
¿cuál oculto interés pudo ligaros?

MORTIMER

¿Cuál interés? El que a la Francia mueve  
por la que fue su Reina; el de su hermano,  
el de los nobles príncipes Lorenas  
que su salud confían a mi brazo;  
el de la fe católica ultrajada

mientras empuñe el cetro soberano  
una herética Reina, fe ardorosa,  
origen, norte a mis designios arduos.  
¿Cuál interés? El de mi cara patria  
de usurpadora infiel sujeta al mando;  
el de tantos amigos generosos  
que por María combatir juraron,  
sin otro premio que morir por ella,  
o de su libertad ceñir el lauro.  
¿Quién sin gemir la ve, quién sin amarla  
a no tener el corazón de mármol?  
He aquí el interés que desde el Sena  
tornó mi planta a los hogares patrios.

#### LEICESTER

Dadme esa diestra, amigo. No ignoraba  
que la fe del Pontífice romano  
abrazasteis en Francia. Perdonadme  
si en descubrirme a vos he vacilado.  
¿De quién no desconfía el que en la corte  
cercado vive de enemigos tantos?  
Mas ya no dudo en vos del pecho mío  
depositar los íntimos arcanos.  
Mortimer, no os sorprenda mi conducta.  
Bien que me llame el vulgo su contrario,  
jamás lo fuí de la infeliz Estuarda.  
¿Y cómo si algún día en dulce lazo  
consagrarla esperaba mi existencia?  
Sí, amigo, yo la amé, y aunque lejano  
de su beldad a la britana corte  
las leyes del destino me llevaron,  
mi corazón fue suyo largo tiempo.  
Mas de perpetua fe, ¿qué pecho humano  
pudiera responder? Los atractivos,  
la gloria de Isabel, su regio fausto,  
sus favores en fin, nueva esperanza,  
nuevo ardor a Leicester inspiraron.  
¡Feliz vos que ignoráis las seducciones  
que encierran en su centro los palacios,  
y el imperio inaudito que en el suyo  
ejercen de Isabela los encantos!  
Orgullosa a mis ojos parecía  
en todo su esplendor. Cien cortesanos  
en muda servidumbre respetuosa,  
los Reyes su alianza mendigando,  
tanto amante a sus pies de regia cuna,

y todos por mí sólo desdeñados...  
Árbitro yo de su brillante corte,  
caudillo de sus tropas soberano,  
joven y, lo confieso, no insensible  
tal vez de la ambición a los halagos,  
¿cómo triunfar en tan difícil lucha?  
Cedo. Lejos de mí, me ofrece en vano  
María una diadema; que al delirio  
de más sublime unión sacrificando  
su juventud, sus gracias, su grandeza,  
mi mente elevo hasta el dosel britano.

#### MORTIMER

Lo sé, y a tal designio no pensaba  
que hubiera ya Leicester renunciado,  
pues tanto amiga suerte le sonrío.

#### LEICESTER

¡Ay Mortimer! Dos lustros necio esclavo  
de esperanza falaz, ¡cuánto he sufrido  
hasta que el rostro vi del desengaño!  
¡Me creían dichoso! ¡me envidiaban!  
¡Y cuál ha sido mi vivir amargo  
desde que al cebo de ambición dañosa  
por mi mal me arrojé! Mísero blanco  
a la envidia mordaz de mis rivales,  
afrentoso juguete, vil escarnio  
de una mujer despótica y altiva,  
que hoy me acaricia con risueño labio  
y mañana inconstante me desprecia,  
oprimido sin tregua, atormentado  
no menos por su amor que por su saña...  
¡Y cuando el fruto recoger aguardo  
de mi eterno sufrir, cuando imagino  
el despecho colmar de mis contrarios,  
el trono inglés a un Médicis promete  
y huye mi dicha como el humo vano!

#### MORTIMER

Os comprendo, milord. Cuando Isabela  
abate vuestro orgullo temerario,  
cual marinero asido a frágil tabla  
el puerto anhela en mísero naufragio,  
unís vuestro destino al de María.  
Perdéis uno, otro cetro a vuestra mano  
es forzoso, Leicester. Ya concibo

cuál amor es el vuestro.

LEICESTER

Si quebranto

los hierros de María, sus derechos  
puedo hacer respetar al anglicano.

Aunque Isabel me ultraje y me desdeñe,  
más que imaginan mi poder es alto;  
y sea en fin cual fuere mi esperanza,  
a María de nuevo me consagro.

Yo, que pude en los días de su gloria  
serla infiel sin baldón, hoy la idolatro.

Hoy desde el centro de oprobiosa cárcel  
a mis ojos, un tiempo fascinados,  
amable cual jamás parece Estuarda.

De dulce compasión el eco blando  
acrece su beldad. Correr sus días  
dolido veo en angustioso llanto,  
y su infortunio la ceniza inflama  
de aquel antiguo ardor mal apagado.

Siento al fin cuál tesoro inapreciable  
perdía en ella. Mido con espanto  
el hondo abismo ante su planta abierto,  
y a salvarla celoso me preparo.

Mano fiel mi designio le revela  
y la esperanza que en el alma guardo;  
mi protección acepta, mi ternura,  
y en ser mía consiente si la salvo.

MORTIMER

¡Vuestra! ¿Y se atreve a encomendar la vida  
al más fiero y tenaz de sus contrarios?

¡La amáis! ¿Por qué del Parlamento infame  
sufrís, apresuráis el negro fallo?

¡Desdichada, a Leicester te abandonas,  
y él te conduce al hórrido cadalso!

LEICESTER

No me acuséis. A su inhumana muerte  
yo he debido asentir en el Senado;  
que mal a Estuarda del funesto juicio  
pudiera libertar sólo mi labio,

y el poderoso influjo perdería  
de que en secreto por su bien me valgo.  
Temo a Burleigh, su saña, sus sospechas,  
mas en el alma de la Reina labro.

¿Imagináis que de Isabel la planta  
hoy a este alcázar lleva el ciego acaso?  
Obra mía es su viaje. Cauteloso  
dignos parciales del linaje Estuardo  
en su brillante séquito confundo.  
Murray, Seimur, Melvil, aquel anciano  
noble escocés cuya virtud austera  
por María combate sin descanso.  
Bien que escocés y súbdito de Roma,  
tal vez suele la Reina consultarlo;  
que no teme traición en quien su sangre  
libró dos veces del puñal insano.

MORTIMER

Mas ¿qué intentáis?

LEICESTER

Que vea a su cautiva;  
y hoy mismo la verá, sí; que diez años,  
bien que la mía dominar presuma,  
a penetrar en su alma me enseñaron.  
Quizá en bien de la hermana que aborrece  
ella misma conspira mal su grado.  
De ver a la que envidia aún en prisiones  
mal se resiste al femenil conato.  
Aún empero vacila; al par la veo  
frágil, tierna mujer, y audaz tirano,  
y acordar a mis votos aparenta  
lo mismo que su pecho está anhelando.

MORTIMER

¿Y qué bien su coloquio nos ofrece?

LEICESTER

Que de María se enterezca al llanto,  
o al menos sin deshonra ya no pueda  
al cuchillo librar su cuello infausto.

MORTIMER

Mas si fuere Isabel inexorable,  
¿qué haréis?

LEICESTER

Cuando no caiga en este lazo  
a medio más seguro apelaremos.

MORTIMER  
Sólo hay uno, milord.

LEICESTER  
¿Cuál?

MORTIMER  
Hoy la salvo  
si apoyáis mi valor.

LEICESTER  
¡Ah! me horrorizo.  
¿Queréis...

MORTIMER  
Quiero que me abra sanguinario  
ancha senda el acero hasta su cárcel.  
Al generoso golpe preparados  
mis amigos están.

LEICESTER  
¿Tenéis amigos  
del arcano fatal depositarios?

MORTIMER  
Sí, ya lo dije, que morir por ella  
o libertarla juran.

LEICESTER  
¡Desdichados!  
¡A qué abismo un demente los conduce  
y con ellos a mí!... ¿Saben mi arcano?

MORTIMER  
No temáis; el designio es todo mío;  
y sabría sin vos ejecutarlo,  
mas la Reina...

LEICESTER  
Decid: vuestros parciales  
¿oyeron pronunciar a vuestro labio  
el nombre mío?

MORTIMER  
¡No. No! ¡Qué temores!  
¿Sois vos, sois vos el que la adora tanto?

¡Os vale un trono redimir su vida,  
ya se eleva el patíbulo nefario,  
y al ofreceréis imprevisto apoyo  
mostráis, no gozo, femenino espanto!

LEICESTER

La precipitación es peligrosa.

MORTIMER

Y la indolencia más.

LEICESTER

Un insensato  
a inminente peligro sólo puede  
vanamente correr.

MORTIMER

Milord, su mano  
vos codiciáis; su libertad nosotros.

LEICESTER

En vos ya es excesivo el entusiasmo.

MORTIMER

Y la prudencia en vos.

LEICESTER

Yo los peligros  
cauto sé prevenir.

MORTIMER

Yo sé arrostrarlos.

LEICESTER

Así podéis perderos.

MORTIMER

O salvarla.

LEICESTER

Norfolk con igual celo temerario  
¿la salvó por ventura?

MORTIMER

Mostró al menos  
que digno de ella fue.

LEICESTER

Mal entregando  
fanático al verdugo la cabeza,  
mal a la Reina serviréis.

MORTIMER

¿Y acaso  
si me aterro al aspecto de la muerte  
la serviré mejor?

LEICESTER

¡Joven osado!  
¿Dónde os lleva un frenético delirio?  
¡Violencia! ¡sedición! ¿Sabéis incauto  
que innumerables ojos delatores  
en torno nuestro son? De Enrique Octavo  
¿conocéis a la impía sucesora?  
¿ignoráis su poder ilimitado?  
¿ignoráis que a sus ojos penetrantes,  
aunque la vele tenebroso manto,  
no hay trama que se oculte?... ¿Oís? Ya viene.  
Más tarde nos veremos. Domináos.  
Componed vuestro rostro; no declare  
de mi alma los secretos mal su grado.

*Escena IV*

LEICESTER. MORTIMER. ISABEL. MELVIL, BURLEIGH. PAULETO. DAMAS.  
CORTESANOS.  
PAJES, ETC.

BURLEIGH

Perdonad si cual súbdito celoso  
con tanta libertad, oh Reina, os hablo.  
¿Qué designio, qué error aquí os conduce?  
¿Cuál es el fementido cortesano  
que os aconseja así? ¡Ver a María  
cuando se acerca ya su fin aciago!  
No, no lo haréis; ni consentirlo puedo.  
Creedme, no escuchéis en vuestro daño  
la voz de la piedad. Más imperioso  
clama el bien del altar y el del estado.

ISABEL

¿Quién os dijo que verla es mi designio;  
que de su carta los dolientes rasgos  
triunfan de mi justicia? Mas leyendo  
sus súplicas amargas, su quebranto,  
mal lo puedo negar, los ojos míos  
en lágrimas ardientes se bañaron.  
He aquí tu mansión, mísera Estuarda;  
mansión de aquella que el fugaz halago  
leda gozó de la fortuna un día  
la que en el trono altivo de los galos  
ufana se sentó; la que en su diestra  
unir pensó tres cetros soberanos.  
Vedla. ¡Cuán abatida gime ahora!  
Mi corazón se aflige contemplando  
la nada de las frágiles grandezas,  
del trono mismo el esplendor precario  
que sañudo el destino impenetrable  
extingue a su placer. Tiemblo, me pasmo  
viendo tan cerca de mi frente misma  
de su justicia descender el rayo.

#### MELVIL

La voz de Dios ¡oh Reina! os habla ahora.  
Al impulso ceded involuntario  
de vuestro corazón. Estuarda os vea  
cual ángel luminoso que del alto  
baja a ahuyentar la noche de su cárcel.  
Vanamente detiene vuestros pasos  
la diestra adulación, si ya en el alma  
un suplicio abjuráis tan inhumano.  
En vano invocan la equidad, las leyes.  
Declarad que la sangre, los estragos  
son horribles, Señora, a vuestros ojos.  
El rostro en justa cólera inflamado  
mostrad al complaciente consejero,  
y de lenguaje cambiará su labio;  
y esa necesidad tan decantada  
huirá cual nube que disipa el austro.  
¡Vedla, Señora, por la vez primera!  
Nada en favor nos habla de un extraño.  
Vedla, y habrá perdón. A vuestro sexo  
dio el cielo la bondad. El yugo blando  
de una mujer Bretaña reconozca.  
Si en esta isla el cetro sacrosanto  
concede antigua ley a las princesas,  
no lo dudéis, legisladores sabios

al poder de la excelsa monarquía  
hermanar la clemencia desearon.

ISABEL

Basta, Melvil. La Providencia suma  
a la duda fatal en que batallo  
término dé felice, mi clemencia  
con el bien de mis pueblos conciliando.  
Tal es mi voto y la esperanza mía.  
Escuchadme, Leicester. Retiráos.

*Escena V*

ISABEL. LEICESTER.

ISABEL

Conde, ¿qué meditáis? Turbado os veo,  
taciturno, sombrío...

LEICESTER

¿Yo?...

ISABEL

Sí.

LEICESTER

Acaso  
no sin razón, Señora.

ISABEL

¿Y cuál?

LEICESTER

¡Ay triste!

ISABEL

¿Por qué exhalar suspiros tan amargos?

LEICESTER

¿Vos me lo preguntáis, cuando olvidada  
de que un día mi amor os fue tan grato,  
de Anjú muy pronto al venturoso duque  
queréis uniros en perpetuo lazo?

ISABEL

Como amiga os oyera, y ese nudo  
lamentara con vos a que el estado  
fuerza mi corazón, si como Reina  
de vos no me quejara.

LEICESTER

¡De mí! ¡Cuándo...

ISABEL

De vos. ¿A qué mansión guiáis mi planta?  
¿Cómo sin pretenderlo aquí me hallo?  
Pronto dirá al inglés y al orbe todo  
la lengua vil del enemigo bando  
que a escarnecer en su desgracia vengo  
a esa Reina infeliz. ¿Así un vasallo,  
así atenta Leicester a mi gloria?

LEICESTER

Sí, Señora; yo el móvil me declaro  
que a la prisión os lleva de María.  
Si este designio de que yo me jacto  
juzgáis inoportuno, castigadme;  
pero si a vuestro bien que me es tan caro  
puede ser útil, o quizá forzoso,  
aplaudirlo debéis y ejecutarlo.  
Ya sobre su cerviz vuestra cautiva  
del filo de la ley siente el amago.  
Todo el orbe os espía en tal instante.  
Mostradle al menos que al severo fallo  
cedéis de la justicia y no al acento  
de venganza feroz. Mostrad que humano  
el corazón os habla por María;  
que al fin su hermana sois.

ISABEL

No, que si estampo  
en su prisión el pie, perdón la llevo.

LEICESTER

¿Quién, Señora, al perdón puede forzaros?  
Seréis árbitro siempre de su vida.  
Inmoladla después a vuestro agrado.  
¿Qué digo? En sempiterno cautiverio  
Estuarda acabe sus dolientes años.  
¿Qué suplicio mayor para una Reina?  
No de su muerte el fúnebre aparato

arda en furor al insolente vulgo.  
Siempre dispuesto a conceder su amparo  
al que oprimido juzga, es su delicia  
turbar el triunfo del poder humano;  
apellida virtud al infortunio;  
y si a piedad le mueve aún el malvado,  
¿qué hará si una mujer, una princesa  
es sentenciada al público cadalso?

ISABEL

¡Cuán injusto es el vulgo! Acaso juzga  
que yo la muerte de María fraguo  
porque pálida envidia me devora...  
Mas cuando os veo defenderla osado  
de mi justo furor; cuando arrogante  
conmigo misma que en Bretaña mando  
se atreve a combatir, y aún despojada  
del trono y de la patria no la abato;  
no sin razón a la feliz María  
pudiera yo envidiar. Mientras me aplaudo  
de vencer a los Reyes en virtudes,  
ella es toda mujer. ¡Y los sufragios  
merece de las gentes! ¡y la adoran,  
la engrandecen mis propios cortesanos  
en la presencia mía! ¡y en cadenas  
triunfa de mí su orgullo temerario!

LEICESTER

Si queréis abatirlo para siempre,  
basta que la veáis. No tanto el rayo  
la pudiera aterrar, aunque piadosa  
entrar os viera a serenar su llanto.  
Mostradle entre la pompa y los laureles  
el bello rostro que de nuevo ornato  
vuestra virtud circunda y vuestra gloria.  
Oponed vuestros fúlgidos encantos  
a su semblante pálido y marchito.  
Yo que, aún sin esperanza, fiel os amo  
el triunfo cantaré de esa hermosura  
que sólo al fuego de mi amor comparo.

ISABEL

¡Cuál es vuestro poder sobre mi alma!  
Mas Burleigh, buen inglés, ministro sabio,  
no verla me aconseja.

LEICESTER

Burleigh... Creo  
que el bien de vuestro imperio es su conato.  
Mas ¿sólo a él inspira vuestra gloria?  
Vos misma ¿nada sois? ¡Oh mengua! Un acto  
de mera humanidad que honor os manda  
¿lo ha de reglar también razón de estado?  
Digno es de vos, Señora. Acaso él solo  
la pública opinión puede ganaros.  
Y una vez a esta torre el pie movido,  
¿quién creará que Isabel a su palacio  
sin verla regresó?

ISABEL

Ver a María  
¿no será perdonarla?

LEICESTER

Preguntadlo  
a vuestro corazón.

ISABEL

¿Sé yo, ¡infelice!  
sé yo lo que deseo? Errante vago  
de un pensamiento en otro y congojada,  
senda no veo en tan horrible caos.  
¿Queréis que vea de mi sangre misma  
en estrecha prisión el duelo amargo?

LEICESTER

No, que vuestra alma generosa y bella  
se cubriría de mortal quebranto.  
De su negra mansión salga María,  
y libre pueda recorrer los atrios,  
los muros, los jardines. Vuestro encuentro  
parecerá un efecto del acaso.  
Presente solo yo... Mas vuestros ojos  
plácida a mí volvéis. ¡Feliz presagio!

ISABEL

¡Vos lo queréis, Leicester!... Yo debiera...  
Basta; a vos me abandono. Habéis triunfado.

ACTO III

*Escena I*

MARÍA. ANA.

ANA

Reprimid vuestro júbilo, Señora.  
Detened vuestro paso. ¿Qué delirio  
os turba la razón?

MARÍA

Deja que goce  
de un bien inesperado. ¡Ay! a mi arbitrio  
vagar me deja por el ancho alcázar.  
A mi ansioso mirar pobre recinto  
el ámbito del orbe pareciera.  
¿No es ilusión? ¿Es cierto que respiro  
lejos del hondo calabozo horrible  
do viví sepultada? El vasto Olimpo  
¡cuán sereno! ¡cuán plácido es el día!  
¡Ay! deja que se embriaguen mis sentidos  
del éter puro, de la luz hermosa.

ANA

¡Ah! no libre os juzguéis. El triste alivio  
de más lata prisión sólo os acuerdan.

MARÍA

¿Por qué turbas, cruel, mi regocijo?  
Deja a lo menos que feliz me sueñe  
mientras en cárcel lóbrega no gimo.  
Ancho horizonte, espacio interminable  
ábrese al fin ante los ojos míos.  
Mira: aquella es mi patria. ¡Allí la Escocia!  
Esas nubes tal vez en raudo giro  
ayer cubrieron mi paterno alcázar.  
Míralas descender del Norte frío  
y a la Francia volar. ¡Nubes felices,  
salud a aquel suelo que bendigo,  
a aquellas playas que los días vieron  
de mi breve niñez correr tranquilos!

ANA

¡Señora!

MARÍA

¡Ah! yo recobro la esperanza  
que desterré del pecho dolorido  
al ver de nuevo ¡oh sol! tu luz radiante.

ANA

¡Mirad que acaso un pérfido enemigo  
observa vuestros pasos!

MARÍA

No, no puede  
de mi pecho mentir el vaticinio.  
Sí, libre me verás, Ana querida.  
Este leve favor abre camino  
a ventura más alta. En mi consuelo  
obra la mano de mi fiel amigo,  
de mi caro Leicester. Cada día  
menos pesados me serán los grillos,  
y al fin entera me dará piadoso  
la dulce libertad por que suspiro.

ANA

¡Al cielo plegue! Pero ¿quién pudiera,  
una vez pronunciado el fallo inicuo...

MARÍA

¿No escuchas a lo lejos en el bosque  
de venatoria trompa el bronco ruido  
y al sabueso latir, bramar al ciervo?  
¡Oh si dado me fuese a mi albedrío  
de un bridón oprimiendo los ijares  
en pos lanzarme del venado esquivo!  
¡Oh dulces, oh belísonos acentos!  
¡Cuántas veces sonasteis a mi oído  
en los ásperos montes caledonios  
que al mundo acuerdan mi esplendor antiguo!

ANA

Pauleto.

*Escena II*

MARÍA. PAULETO. ANA.

PAULETO

A vos, Señora, nuncio vengo  
de inesperado insigne beneficio.

MARÍA

¿Qué decís?

PAULETO

¿Escucháis clamor de caza  
en la selva sonar?

MARÍA

Tiemblo de oídos.

PAULETO

La Reina viene.

MARÍA

¡Oh cielo!

PAULETO

Vais a verla.  
Vuestros votos se cumplen.

ANA

¡Ah! ¡qué miro!  
Descolorida vuestra regia frente...

PAULETO

¿Teméis su vista? Vuestro labio mismo  
mil veces la imploró. Prestadle ahora  
toda vuestra elocuencia; que, os lo aviso,  
bien la habréis menester.

MARÍA

Mortal espanto  
llena mi corazón. ¿Dónde un abrigo  
de hoy más hallar contra su fiero encono?  
Huyamos...

PAULETO

Esperad en este sitio  
a vuestro juez.

*Escena III*

MARÍA. PAULETO. ANA. MELVIL.

MELVIL  
¡Señora!

MARÍA  
¿No me engaño?  
¡Sois vos, Melvil! ¡Gran Dios!

MELVIL  
La mano os pido.

MARÍA  
De gozo y de inquietud me cubro al veros.

MELVIL  
¡No así esperaba en días más tranquilos  
a mi Señora ver!

MARÍA  
Al fin, decidme,  
¿depone ya Isabel su ceño esquivo?

MELVIL  
Así lo creo.

MARÍA  
Amigo generoso,  
de constante lealtad nuevo prodigio,  
vos a quien sólo mi interés mantiene  
a la orilla del Támesis maligno,  
¿qué me anunciáis?

MELVIL  
Participad, Señora,  
de la dulce esperanza que concibo.

MARÍA  
¿Cuál?

MELVIL  
Aquí está la Reina.

MARÍA  
¿Y yo he de verla?

No. ¡Jamás!

MELVIL

A su corte me anticipo;  
no turbada os sorprenda.

MARÍA

Verla ansiaba.

Mil veces en mi lóbrego retiro  
el discurso trazaba lastimero  
que resonar debiera en sus oídos,  
y estudiaba mi voz, mis ademanes  
para ablandar su corazón de risco.  
Ella va a parecer, y mi ternura,  
mi elocuente dolor lego al olvido.  
Sólo recuerdo su crueldad, mi ultraje;  
sólo venganza, indignación respiro.

MELVIL

¡Gran Dios! ¡Qué me decís!

MARÍA

Melvil, lo veo;  
con su vista imploraba mi suplicio.  
Jamás debí pensarlo; que no hay fuerza  
capaz de unir su corazón al mío.  
No, que hartos son profundas mis heridas;  
hartos por esa pérfida he sufrido.

MELVIL

Abandonad tan negros pensamientos.  
Sólo considerad que Dios benigno  
hoy quizá dará fin a vuestros males.  
Goza Isabel supremo poderío.  
No ya vuestros derechos ultrajados;  
su clemencia implorad. Vuestro destino  
de ella sola depende, vuestra vida.  
Humillaos, Señora.

MARÍA

¿Yo? ¡Qué has dicho!  
¿Delante de Isabel? ¡Jamás!

MELVIL

Sin llanto  
no ha pisado Isabel este castillo.

Yo lo he visto en sus párpados.

MARÍA

A verme  
no vendrá sin Burleigh, su atroz ministro.

MELVIL

Sólo el conde Leicester la acompaña.

MARÍA

¿Leicester? De su pecho compasivo  
no en vano lo esperé.

MELVIL

¡Cómo...!

PAULETO

La Reina.

*Escena IV*

MARÍA. PAULETO. MELVIL. ANA. ISABEL. LEICESTER. Séquito de ISABEL.

ISABEL

Sola quiero partir. Así consigo  
del popular aplauso libertarme  
que do quiera me sigue enardecido.  
Partid. La corte me preceda a Londres.

Se retira el séquito. ISABEL se dirige a MELVIL y fija los ojos en MARÍA.

El amor de mi pueblo es ya excesivo.  
Así se honra a Dios, no a los humanos.

MARÍA, apoyada sobre ANA, alza la cabeza al oír estas últimas palabras. Se encuentran sus ojos con los de ISABEL, y aterrada vuelve a apoyarse en el seno de su nodriza.

MARÍA

¡Ah! ¡Qué yerta mirada! En ella he visto  
su corazón entero.

ANA

(En voz baja.)  
¡Ved que os oye!

ISABEL

¿Quién es esa mujer? ¿Calláis? Decidlo.  
Un momento de silencio.

LEICESTER

Por nosotros respondan esos muros.

ISABEL

¿Quién osó...? Mal mi cólera reprimo.

LEICESTER

Ya que la suerte a la prisión os lleva  
de María infelice, oid el grito  
de vuestro corazón.

MELVIL

A su morada  
Dios santo pudo sólo conducirlos.  
Miradla bondadosa. A vuestra vista  
ya la amenaza ¡oh Dios! mortal deliquio.

MARÍA se esfuerza a marchar hacia ISABEL, mas temblando se detiene a la mitad del camino. Su rostro manifiesta el combate violento de su alma.

ISABEL

¿Dónde el remordimiento que alegaban?  
De su respeto y su humildad ¿qué ha sido?  
Una mujer audaz tan sólo veo,  
más altanera cuanto más la oprimo.

MARÍA

Pues ya es fuerza, Señora, que me rinda,  
a esta mengua postrera me resigno.  
Huye, impotente orgullo, y no me acuerdes  
que en soberano tálamo he nacido.  
Humíllate, María, ante las plantas  
de aquella misma que forjó tus grillos.  
El cielo pronunció: su providencia  
no os ha acordado el triunfo sin designio.  
Sus arcanos altísimos venero.  
La mano adoro que elevaros quiso  
y a Estuarda confundir. Vos en el alma  
abrid, Señora, abrid plácido asilo  
a la dulce piedad. No ya mi trono;  
la ansiada libertad sólo mendigo.  
Tendedme ¡oh Reina! la amigable diestra,

que vuestra hermana soy.

ISABEL

El Juez divino  
digno lugar os da. Por sus bondades  
gracias inmensas sin cesar le rindo.  
Él me salvó de vuestra saña impía,  
y su eterna equidad no ha permitido  
que a vuestros pies yo gima sonrojada  
cual os veo gemir ante los míos.

MARÍA

Instable es la fortuna. A veces abre  
al pie del trono horrible precipicio.  
Mísera fuisteis y cautiva un tiempo.  
Temed, temed del hado vengativo  
el severo retorno. A la arrogancia  
también decreta Dios justo castigo.  
Honrándome os honráis. De vuestra gloria  
no mancilléis, Señora, el alto brillo  
y de Tudor la esclarecida sangre.  
Me resta una esperanza... ¡Oh del Empíreo  
inefable Señor! mueve mi labio,  
que en él mi muerte o mi ventura fío.  
No a mi clamor seáis roca insensible.  
Mientras inmóvil y en mi rostro fijo  
ese crudo mirar hiele mi sangre,  
¿cómo a los ruegos hallaré camino?

ISABEL

¿Y qué diréis? Consiento en escucharos,  
y, no al rencor, a la piedad me libro.  
Quizá me culpen, que amagó a mi sangre  
tres veces, lo sabéis, hierro asesino.

ISABEL se ha acercado a MARÍA. Los dos lores permanecen apartados.

MARÍA

¿Por dónde principiar? ¿Cuáles acentos  
a mi labio prestar en tal peligro?  
¿Cómo sin acusaros defenderme?  
Inicua fuisteis y cruel conmigo.  
A vuestra fe me acojo suplicante,  
para mi albergue vuestro hogar elijo;  
y las sagradas leyes ultrajando  
de la hospitalidad, que humilde os pido,

y del trono violando los derechos  
me encerráis en los muros de un castillo.  
De mi excelsa grandeza despojada,  
sin parciales, sin siervos, sin auxilios,  
yo Soberana conducir me veo  
ante la faz de tribunal indigno.  
Mas cubra eterno velo mis injurias.  
Sólo acuso a los hados enemigos.  
Mal su grado Isabela me persigue.  
Algún genio lanzado del abismo  
en nuestras almas engendró la ira,  
y obra fue lo demás de hombres inicuos.  
Si diestras hubo contra vos armadas,  
yo jamás provoqué su fanatismo.  
Nada resta a mi lengua. Vos ahora  
el juez seréis de entrambas. Si han podido  
ofender a Isabela mis acentos,  
tal no ha sido, os lo juro, mi designio.

#### ISABEL

No mi rigor culpéis. Vuestra desgracia  
no imputéis a la saña del destino.  
A vos misma acusad, a vuestros celos,  
y de Lorena al bando fementido.  
Blanda paz nos unía cuando Guisa  
extendió su codicia a mis dominios,  
no satisfecho con mandar la Francia.  
Fatal os fue su orgullo. El atractivo  
él mostró a vuestros ojos imprudente  
del trono de mis padres. Él os hizo  
con mi sagrado título y mis armas  
a la faz de la Europa revestiros,  
y el pendón arboló de insana guerra.  
¿Cuál medio perdonó, cuál artificio  
su ambición contra mí? ¿cuál vuestra ira?  
¿quién a Roma instigó, quién a Filipo  
y a tantos Reyes, quién, para arrancarme  
el solio de Bretaña esclarecido  
que la sangre me diera, y mi desnudo,  
y el amor de los pueblos que domino?  
Triunfé yo sola de enemigos tantos,  
y de Inglaterra los valientes hijos  
felices son bajo mi blando yugo.  
Llenos de mies do quier mis campos miro,  
de tesoros sin cuento mis ciudades,  
mis reales de soldados aguerridos,

mis arsenales de lucientes armas,  
y el Océano pueblan mis navíos.  
Hija he nacido del Octavo Enrique  
y de seguir sus huellas me glorío.  
En vano, en vano al ignorante vulgo  
se proclama el perjurio, el regicidio.  
En vano encarnizada me rodea  
de lazos la traición y de asesinos.  
No triunfará Lorena, que sus tramas  
frustrará mi valor y el cielo mismo.  
Sañudo amenazaba a mi cabeza,  
y a la vuestra prepara atroz cuchillo.

MARÍA

Yo me someto a Dios, y por su gloria  
bendeciré la palma del martirio.  
Mas vos no abusaréis, así lo espero,  
de un funesto poder.

Ahora se acercan LEICESTER y MELVIL a las dos REINAS.

ISABEL

Si el rayo vibro  
contra vos, con ejemplos de Lorena  
y de Carlos Noveno lo autorizo.  
Harta de sangre me mostró su mano  
qué fe debe guardarse a un enemigo.

MARÍA

Vos fuisteis móvil del encono nuestro.  
¿Por qué sin descender del trono altivo  
no me reconocisteis heredera?

ISABEL

Sí, proteger debí vuestro partido,  
y yo misma a mi pueblo presentaros  
cual digna sucesora: yo que aún vivo  
y en Inglaterra soberana reino...

MARÍA

Reinad. Ya vuestro solio no codicio.  
¡Mal dice a mi dolor! Vedme agostada  
en la flor de mis años como lirio  
que abate el aquilón. ¡No soy mi sombra!...  
Venturosa reinad, y a mis suspiros  
el perdón conceded; que tal intento

os trajo a mi prisión; sí; no imagino  
que insultar a su víctima tan sólo  
vuestro pecho magnánimo ha querido.  
¡Ah! quebrantad mis hierros y de Escocia  
abridme luego el plácido camino.  
Mi dulce libertad por vos robada  
recibiré de vos cual beneficio.  
¡Hablad ¡hablad! De vuestro labio pendo.  
Termine ya mi bárbaro conflicto.  
¡Ay mísera de vos si a consolarme  
tenaz se niega vuestro labio impío!  
¡Ay si me condenáis! ¡Qué de tormentos  
rasgarán vuestro pecho de continuo!  
Por todos los tesoros de Occidente,  
por cuanto alumbra el Hacedor divino  
parecer no quisiera a vuestros ojos  
lo que vos parecierais a los míos.

ISABEL

Mas si de vos me duelo, si al impulso  
de la piedad que me inspiráis me rindo,  
si acalla mi clemencia a la justicia,  
¿no aguzarán, decidme, esos hechizos,  
aún a vuestro pesar, de mil parciales  
contra mi seno el pérfido cuchillo?  
¿No habrá un nuevo Norfolk que os ame tierno?

MARÍA

¡No puedo más!...

ISABEL

Tal vez en su castigo  
quien pretenda agradaros escarmiente:  
he aquí la esperanza en que confío.  
No son todos Norfolk. Saben los hombres  
que vuestro amor fatal guía al suplicio.

MARÍA

¡Isabel!

ISABEL

Observad aquel semblante,  
Conde, observad en él claros indicios  
de su interno furor. Lo veis, María;  
yo estoy serena y al perdón me inclino.  
A vos, decid, ¿por qué tanto os altera

el nombre de Norfolk? Mas no me admiro.  
Nos escucha Leicester. Y ¡qué! Un día  
¿no blasonasteis de su fiel cariño?  
Ni es este sólo el descubierto arcano  
que vuestro corazón muestra a los siglos.

MARÍA

Nunca Estuarda a los ojos de los hombres  
mostrar su corazón, nunca ha temido.  
Lo ven, me juzgan...; y quizá me acusen;  
mas nunca disfracó mis extravíos  
velo impostor, hipocresía infame.  
¡Ay si de la verdad que siempre animo  
luce en torno de vos la antorcha santa!  
¡Cuál será vuestra fama!... No la envidio.

MELVIL

¡Oh justos cielos! ¿Y la paz es ésta?  
Mirad...  
Se adelanta y se coloca entre las dos.

MARÍA

¡Oh exceso bárbaro, inaudito  
de fiero orgullo y de crueldad rabiosa!  
¡Oh corazón en la maldad nutrido!  
No más, no más callar; basta de oprobio.  
Ya el sufrimiento en mí fuera delito.  
Dejad, dejad que mi violenta saña  
lance sin freno, y ponzoñoso filo  
sean de la inocencia los clamores  
a ese pérfido pecho que abomino.

ISABEL

A los lores.  
Seguidme.

MELVIL

Reina, su dolor la ciega.  
¡Ah! perdonadla. A vuestros pies me humillo.

LEICESTER

Abandonad, Señora, estos umbrales;  
por el Dios que nos oye os lo suplico.  
No la escuchéis. Venid.

MARÍA

Torpe adulterio  
al mundo te arrojó. Tu pie maldito  
el trono ha profanado de Bretaña,  
¡hija de Ana Bolena!, el trono invicto  
que me usurpas a mí. Yo soy tu Reina,  
y tú del orbe entero vil ludibrio  
debieras ser, traidora; mas del cielo  
la eterna maldición llevas contigo.

ISABEL

Hoy mismo se verá, mujer osada,  
cuál reina de las dos.

Parte ISABEL rápidamente. LEICESTER y MELVIL la siguen en la mayor  
agitación.

*Escena V*

MARÍA. ANA.

ANA

¡Ah! ¿Qué habéis dicho?  
¿Por qué ultrajarla? ¡Oh Dios! Sañuda parte.  
¡No hay esperanza ya!

MARÍA

¡Triunfé! Propicio  
me fue el hado una vez. Abro mi tumba,  
mas no a lo menos sin venganza espiro.  
¡Cuánto a mi corazón grata sonaba!  
¡De qué terrible peso al fin le alivio!  
Huye Isabel ¡oh gozo! y lleva huyendo  
fiero puñal en sus entrañas fijo.

ANA

¡Oh victoria fatal! ¡oh gozo breve!  
Es Reina, y vuestro labio enfurecido  
a los ojos la ultraja de su amante.

MARÍA

Sí, de Leicester. ¡Ah! nuevo incentivo  
a mi valor prestaba su presencia.  
Mi triunfo vía en su semblante escrito.  
¡Yo reinaba a sus ojos!

ANA  
¡Burleigh!

MARÍA  
¡Monstruo!...  
Huyamos. A su vista me horrorizo.

*Escena VI*

PAULETO. BURLEIGH. DOS CRIADOS DE PAULETO.

BURLEIGH  
¡Oh arrogancia! ¡oh furor! ¡Ante mi Reina!...  
Torne a todo el rigor de su destino;  
torne a gemir en negro calabozo.  
Quizá lo suyos traman con sigilo  
cruenta sedición. Venid, Pauleto.  
Entregadme los pérfidos escritos  
a Estuarda por mi orden arrancados.  
Velad con Mortimer. Ningún aviso  
de su bando execrable aquí penetre.  
Sospechas tengo ya... Si las confirmo,  
¡ay del aleve que a Isabel seduce!  
¡Ay, si traidor de su fatal prestigio  
abusare en favor de la Escocesa!...  
Incauto, ciego corre a su exterminio.  
¡Pueda yo descubrir tanto misterio  
y castigar a un tiempo dos delitos!  
Venid. Salvemos a la cara patria.  
En el público bien mi gloria cifro.

ACTO IV

*Escena I*

LEICESTER. BURLEIGH.

LEICESTER  
¿Qué pretendéis, milord? ¿En tal momento  
a la Reina lleváis la atroz sentencia?  
¿No teméis que la muerte de María  
más se atribuya a la venganza fiera

que al fallo de la ley?

BURLEIGH

Ese lenguaje  
conviene a vuestro labio; mas la senda  
de mi deber conozco. ¡Afortunado  
el que obedece fiel lo que le ordena!  
¡Afortunado aquel a quien terrible  
no le acusa, Leicester, su conciencia!

LEICESTER

No sé de quién me habláis. Sólo me guía  
el bien de mi nación y el de mi Reina.

BURLEIGH

Dejad, pues otro norte no me rige,  
dejad, milord, que a sus impulsos ceda.

LEICESTER

De su gloria celoso...

BURLEIGH

Tal os juzga;  
tal os juzgaba yo...

LEICESTER

Quien os oyera  
tan misterioso hablar y tan sombrío  
me imputara tal vez trama sangrienta  
contra el reino y el solio, no escondida  
del perspicaz Burleigh a la prudencia.

BURLEIGH

No sin causa, milord.

LEICESTER

¿Qué osáis decirme?

BURLEIGH

¿Adónde, adónde, crédula Princesa,  
sin pudor te arrastraba un temerario?  
¡Cuál se burlaba de tu fe sincera!  
Ahora comprendo ya qué oculto móvil  
vuestro labio inclinaba a la clemencia.

LEICESTER

Miserable, seguidme al pie del trono.  
Venid, si os atrevéis. Sabrá Isabela...

BURLEIGH

Seguidme vos. Vuestro furor desprecio;  
vuestra frágil privanza no me arredra.

*Escena II*

LEICESTER.

¡Oh desgracia fatal! ¿Cómo ha podido  
de mis designios rastrear la huella?  
Si pruebas ciertas a la Reina aduce  
de mi oculta amistad, de mis promesas  
en bien de su enemiga, ¡cuál su encono,  
su venganza será! Si ya penetra  
de Mortimer el arrojado intento,  
cómplice de él, autor quizá me crea.  
Do quier que vuelvo la turbada vista  
un precipicio, ¡ay mísero! me cerca.  
¿Quién es...?

*Escena III*

LEICESTER. MORTIMER.

MORTIMER

Milord, solícito os buscaba.

LEICESTER

Huid. ¿Qué pretendéis?

MORTIMER

Cobarde lengua  
nuestro arcano descubre.

LEICESTER

Entre nosotros  
no hay ninguno. Alejaos.

MORTIMER

Ya la nueva  
llegó a Burleigh que juventud briosa

se prepara a lidiar por la Escocesa.

LEICESTER

¿Qué a mí su muerte?

MORTIMER

Aún más...

LEICESTER

¡Necia porfía!

No os conozco. Dejadme.

MORTIMER

Nadie observa.

¿A qué fingir? Su protector oculto  
os declara también fortuna adversa.

LEICESTER

¡Cómo...

MORTIMER

Entre los escritos de María,  
que de Burleigh sorprende la cautela,  
hay una carta para vos trazada...

LEICESTER

¡Una carta! Acabad.

MORTIMER

En ella acepta  
vuestro socorro Estuarda, y os promete  
el corazón y el trono en recompensa.

LEICESTER

¡Oh cielos!

MORTIMER

Urge el tiempo. En tal conflicto  
valga la audacia. Prevenir es fuerza  
el odio de Burleigh y el alto influjo.  
Si es cierto que Leicester tanto impera  
dentro del alma de la Reina, habladla.  
Alejad de nosotros la sospecha.  
Conjure vuestra frente inalterable  
la tempestad horrible que ya truena.  
Ganad en fin un día, un solo día,

y acaudillando mi facción tremenda,  
de María, lo juro, para siempre  
término pongo a la prisión acerba.  
Me es conocido el fuerte desde niño.  
Hay una puerta lóbrega, secreta  
que paso nos dará cuando dominen  
sobre el callado mundo las tinieblas.  
Id: ¿qué aguardáis? Volad, y en tal peligro  
vuestro poder, oh Conde, nos proteja.

LEICESTER

Sí, forzoso será. Para salvarme  
es el único arbitrio que me resta.

MORTIMER

Milord, ¿no respondéis?

LEICESTER

¡Hola, soldados!

*Escena IV*

LEICESTER. MORTIMER. SEIMUR. GUARDIAS.

SEIMUR

¿Qué me ordenáis?

LEICESTER

En nombre de Isabela  
prended a ese traidor.

MORTIMER

¡A mí!

LEICESTER

Prendedle,  
y de él responderéis con la cabeza.  
Conjuración atroz he descubierto  
que en sangre inundaría a la Inglaterra.  
Llevadle. En tanto que a la Reina aviso,  
a estrecha cárcel conducido sea.

MORTIMER

¡Pérfido! ¿Y osas tú... Mas bien merece  
destino tal quien a tu fe se entrega.

Corre, vil desertor, y al pie del trono  
perdón implore tu cobarde lengua.  
Corre, infame, y a precio de mis días  
tu solo bien rescata; la existencia.  
Vive, que aún de acusarte me desdeño.  
Quien pudo ser capaz de tal vileza  
no es digno de morir como un valiente.  
Sólo a mi cuello la segur descienda.  
Tranquilo en mi prisión la palma aguardo  
que a la mansión celeste mi alma eleva.  
Blanco tú de tenaz remordimiento,  
quédate a ser oprobio de la tierra.

LEICESTER

Llevadle. ¿Qué aguardáis?

Los guardias se llevan a MORTIMER.

Seimur, escucha.

No temeraria cólera me ciega.

A mi sagaz política conviene  
de su prisión la pública apariencia.

Sálvale tú, que su valor aplaudo.

Huya en secreto, y cuando el velo tienda  
la protectora noche, aquí le espero.

Con sus parciales al castillo vuelva.

*Escena V*

LEICESTER.

A desmentir la acusación terrible  
labio osado prevengo y faz serena.  
Volemos a Isabel. ¡Oh Dios! Guiada  
por el crudo ministro a mí se acerca.

*Escena VI*

ISABEL. LEICESTER. BURLEIGH.

ISABEL

Conde Leicester, contra mí conspiran.

LEICESTER

Ya lo sabía, y la traición horrenda  
os iba a revelar.

ISABEL  
¡Vos!

LEICESTER  
Yo, Señora.

ISABEL  
¿Y a quién de tanto crimen, tanta afrenta  
osáis culpar?

LEICESTER  
El pérfido vasallo...

ISABEL  
Sois vos. He aquí un escrito que lo prueba  
y os confunde. Leed.

LEICESTER  
Es de María.

ISABEL  
¿Y qué me respondéis? La audacia vuestra  
¿podrá negar que mi rival odiosa  
a Leicester confía su defensa?  
¿que meditando quebrantar sus hierros  
de un trono la esperanza os lisonjea?  
¿que el deber inmolando a la codicia  
vuestro culpable amor el suyo premia?

LEICESTER  
En vano me denigra la calumnia.  
En vano contra mí tiende proterva  
lazo tan vil. Efímero es su triunfo  
como mi ardiente fe veraz, eterna.  
Ese escrito, Señora, que ha dictado  
de María el despecho o la demencia,  
¿qué vale contra mí si alguno mío  
su esperanza quimérica no alienta?  
Su corazón, su trono me promete.  
¿He mendigado yo tan vana oferta?  
¡Yo que la desdeñé cuando en su rostro  
resplandecía cándida belleza,  
cuando en aquella frente, ya marchita,

orgullosa ceñía tres diademas!  
¿Y a qué su escrito desmentir? Yo mismo  
os iba a denunciar lo que revela.

ISABEL

¡Qué! ¿vos sabíais...

LEICESTER

El fatal proyecto  
que días ha vuestra rival fomenta.  
Mi celo, mi ventura lo descubren.

BURLEIGH

¿Por qué temblar no ha mucho en mi presencia?  
¿No os acusaba yo? Si la sabíais,  
por qué callar conjuración tan negra?

LEICESTER

¿Sois acaso mi juez? ¿Con qué derecho  
interrogarme osáis? Sólo a la Reina  
debo yo responder de mis acciones.

ISABEL

Conde, mal os disculpa la soberbia.

LEICESTER

En tanto que él os sirve con palabras,  
Leicester su lealtad obrando muestra.

BURLEIGH

Milord, mal grado vuestro habláis ahora.

LEICESTER

Antorcha del estado, esa prudencia  
de que tanto os jactáis ¿qué ha descubierto?  
¿Qué cómplices, decid, la prisionera,  
qué medios a su fuga prevenía?  
¿Sabíais por ventura que la diestra  
del audaz Mortimer, a vuestros ojos,  
quebrantar meditaba sus cadenas?  
¿Sabéis que desertor de nuestro culto  
vengar pretende la romana iglesia?  
¿Sabéis, en fin, que pérfido se vende  
al rencor de Filipo y de Lorena?

ISABEL

¡Burleigh!

LEICESTER

¿Cuál de los dos por el estado  
más sagaz, más atento se desvela?  
¿Quién tan horrible arcano ha sorprendido  
del ciego joven a la incauta lengua?  
¿Quién de prenderle acaba? Yo.

ISABEL

¿Qué escucho!

LEICESTER

Sí, aquí mismo. La mísera Escocesa  
mal de la seducción el sesgo idioma  
a su imprudente mensajero enseña.  
Apenas mueve el labio, en su alma leo.  
Velo impostor mi cólera refrena,  
que su fatal confianza redoblando,  
a descubrirme la traición le fuerza.  
Para alentarle más, ledo sonrío  
al escuchar de Estuarda las promesas;  
su amante fiel, su protector me llamo,  
y sin freno Leicester os condena.  
Todo en fin revelado, en triste cárcel  
vuestros soldados a mi voz le encierran,  
y a pesar de la envidia cortesana  
mostrará su castigo mi inocencia.

ISABEL

¡Amarga duda! ¡Abismo impenetrable!

BURLEIGH

No. a vuestros ojos inocente sea.  
Creedle como yo. Su obra termine.  
Si es cierto que a esa pérfida detesta,  
probarlo debe. Aconsejó no ha mucho  
que su fallo mortal se suspendiera.  
Ahora que él mismo de traición la acusa,  
en horrendo patíbulo fenezca.  
¿Leicester, que decís?

LEICESTER

Tal es mi voto.

BURLEIGH

Muera pues.  
A la REINA. ¿Qué aguardáis? Ved su sentencia.

ISABEL  
¡Ah! ¿qué exigís de mí?

*Escena VII*

ISABEL. LEICESTER. BURLEIGH. MELVIL.

MELVIL  
¿Qué hacéis, Señora?

BURLEIGH  
¡Contratiempo fatal!

MELVIL  
Mi pecho tiembla.

ISABEL  
El amargo suplicio de María  
me fuerzan... a signar...

MELVIL  
¿Quién, ¡oh insolencia!  
quién a su Soberana dicta leyes?  
Aun en vuestra alma la acerada flecha  
clavada está de atroz resentimiento.  
¿Y en hora tan terrible, ¡oh Dios! intentan  
que su muerte signéis? ¡Ay! a la ira  
al menos la razón primero venza.

BURLEIGH  
Sí, y esperad que a vuestro seno lleve  
homicida puñal.

MELVIL  
La Providencia  
que tantas veces os libró del hierro  
más que Burleigh por vos sin duda vela.  
¡Ah que no en las traiciones, no en la vida  
de una infeliz que gime prisionera  
vuestro peligro está, sino en su muerte!  
Viva la olvidan; la vengarán muerta.  
No la enemiga ya del nuevo culto;

de sus ínclitos Reyes la heredera  
en Estuarda verían vuestros pueblos,  
de aleve saña víctima funesta.  
No, no la inmolaréis de vuestros días  
mancillando la fúlgida carrera.  
La voz terrible que a los Reyes juzga  
cuando descenden a la tumba yerta,  
cuando a par de la pérfida lisonja  
desparece el terror que el alma hiela,  
temed no de Isabela el claro nombre  
cubra algún día de eternal afrenta.  
Temed no el hombre en los futuros años  
horrorizado vuestra historia lea.  
Dios vengador... ¿Tembláis? ¡Dichoso auspicio!  
Mi lloro humilde vuestras plantas riega.  
Si por Estuarda no, por vos, Señora,  
el corazón abrid a la clemencia.

#### ISABEL

¡Melvil! ¡Qué de tormentos en mi alma!  
¿Por qué hierro traidor no abrió mis venas?  
No ya forzada a castigar un crimen,  
no al crudo murmurar de plebe inquieta  
mi nombre abandonado, ¡cuán tranquila  
en el oscuro túmulo durmiera!  
Ya la vida me cansa y la corona.  
Si es forzoso que yo mi sangre vierta  
o María infelice, pues la suerte  
por el bien de Bretaña lo decreta,  
Bretaña elija. Doblaré mi cuello.  
O si a inmolar me su piedad se niega,  
volveré a mi destierro, al quieto asilo  
que vio crecer mi juventud primera;  
do lejos de esta pompa envenenada  
en mí misma encontraba mi grandeza.  
Gozosa a Albión regía cuando sólo  
bienes sin cuento derramaba en ella.  
Ahora que es fuerza ensangrentar mis manos,  
no sé reinar; renuncio a la diadema.

#### BURLEIGH

Traidor seré a la patria y a vos misma  
si criminal piedad mi labio sella.  
¿Sois vos, Señora, vos, hija de Enrique,  
quien habla de reposo? Antes debierais  
el nuestro asegurar; el de ese pueblo

que corriera sin vos a ruina cierta.  
Mi ruego oid. De vuestra fama digna  
más justicia mostrad; menos flaqueza.  
Extinga para siempre un solo golpe  
de la discordia la fatal hoguera,  
las tramas, las facciones que María  
aún en su cárcel sin cesar renueva;  
y, firme escudo de las santas leyes,  
al trono salvaréis y a la Inglaterra.

ISABEL

Pocos momentos con mi pena amarga  
dejadme en soledad, y antorcha sea  
que me ilumine en tan terrible caos  
aquel Supremo Juez que nunca yerra.

Los lores se retiran al fondo del teatro. LEICESTER y MELVIL al retirarse miran a la REINA con inquietud y como sin esperanza.

*Escena VIII*

ISABEL.

Voz del pueblo que el solio tiranizas,  
ídolo vil que mi poder enfrenas,  
¿tu esclava seré yo? Cobarde el labio  
¿desmentirá lo que mi pecho anhela?  
Reino, mas aún en torno de Bretaña  
siento rugir la tempestad horrenda.  
Engañosa amistad me vende el galo;  
el fiero Noto que rompió sus velas  
segunda vez el español arrostra;  
Sixto fulmina airado el anatema;  
hidra fatal la renaciente Liga  
su cara Estuarda por do quier me muestra,  
fantasma aterrador... ¡No más! La hora  
de su muerte llegó. Caiga, perezca,  
y mi temor con ella se sepulte,  
y renazca en Albión la paz risueña.  
Mas, ¡ay! fuérame dado exterminarla  
¡sin eclipsar mi gloria! «Es extranjera,  
es mísera, es mujer, nació de Reyes;  
la sangre de Isabel hierve en sus venas;  
tantos años de cárcel y dolores  
harto la han castigado, hartos te vengán:»

así lenguaz exclamará la envidia.  
¡Qué! ¿vivirá la que a mi vida atenta,  
la que tiende sus lazos seductores  
hasta en mi corte misma, la perversa  
que a Leicester... ¡Traidor! Mal tu falacia  
resistirá tal vez la amarga prueba  
que te previene mi ofendido orgullo.  
¿Y aún puedo vacilar? Estuarda muera.  
Se acerca a la mesa, toma la pluma, va a firmar la sentencia  
y se detiene.  
¡Gran Dios! Tiembla mi mano y me parece  
que en sus entrañas el cuchillo ceba.  
Me mira el mundo. ¡Ah! ¡No!  
Calla un momento.  
¡Cuál me insultaba  
delante de Leicester la altanera!  
¡Débil esfuerzo de impotente furia!  
Quizá su triunfo y mi derrota sueña...  
Su triunfo, ¿y reino yo?  
Vuelve a tomar rápidamente la pluma.  
¡Fruto me llama  
de execrable adulterio! ¡En mi cabeza  
profano altiva el usurpado solio!  
¡Desventurada! Cuando tú descieras  
a la callada tumba, hija de Enrique  
legítima seré, mi oprobio cesa.  
No hay elegir, ya no. Bretaña es mía.  
Firma con entereza y velocidad.  
Tu sangre odiosa mis derechos sella.

Apenas ha firmado cae la pluma de su mano, y ella sobre el sillón como aterrada. Un momento después se recobra. Hace seña a un paje para que deje entrar a los lores, que permanecían fuera del salón, pero siempre a la vista del espectador.

### *Escena IX*

ISABEL. LEICESTER. MELVIL. BURLEIGH.

ISABEL  
Acercáos.

MELVIL  
¡Oh Dios! Yo me estremezco.

ISABEL

Burleigh, el fallo a vuestras manos vuelva.  
En él leeréis la suerte de María.

BURLEIGH

Después de mirar la firma.  
Su muerte.

LEICESTER

¡Oh cielo!

MELVIL

¡Mísera Princesa!

ISABEL

Mirando fijamente a LEICESTER.  
A vos, Leicester, cuyo noble pecho  
tanto rencor contra María alberga,  
tanto amor a Isabel, a vos elijo  
para cumplir mi voluntad suprema.

LEICESTER

¡A mí!

ISABEL

Sí, a vos.

LEICESTER

Tan inhumano cargo  
mal conviene, Señora, a la grandeza  
donde os plugo magnánima elevarme.  
Confiarlo a Burleigh más justo fuera.

ISABEL

Lo partirá con vos.

MELVIL

Reina, por siempre  
Melvil de vuestra corte se destierra.  
En tanto que del vuestro el pecho mío  
esperaba piedad, morar en ella  
grato me fue. Vuestra virtud amaba  
y no vuestro poder. Amarga ofensa  
ya fueran para mí vuestros favores.  
¡Adiós! Seguid la perniciosa senda  
que os trace la lisonja cortesana.  
Sorda os mostráis a la verdad austera,

y un siervo fiel María necesita.  
Lejos ya de la pompa que os rodea,  
torno a mi Reina; y pues en vano quise  
romper sus grillos, terminar sus penas,  
en el amargo trance de la muerte  
corro a darle socorro y fortaleza.

*Escena X*

ISABEL. LEICESTER. BURLEIGH.

BURLEIGH

¿Sufrís...?

ISABEL

Bien que me ultraje, no le culpo,  
que la santa virtud mueve su lengua.  
Temblaba mi alma al escuchar su acento,  
y aún, mal su grado, estremecida tiembla.  
Al fin signé la muerte que anhelabais;  
mas aún vive María. La sentencia  
no es el golpe mortal. Ahora a vosotros  
apresurarla o diferirla resta.  
En vuestras manos pongo su destino.  
Nunca de ella me habléis. Ora cruenta  
su triste cuello la segur divide,  
ora alcance perdón, a la Inglaterra,  
responsables seréis, y al orbe todo.  
De estas murallas el dolor me aleja.  
Vuestro deber cumplid. Adiós.

*Escena XI*

LEICESTER. BURLEIGH

BURLEIGH

Seguidme.

LEICESTER

¡Tened, Burleigh! Su voluntad incierta...

BURLEIGH

El decreto la anuncia.

LEICESTER

¡Ah! no a mis ojos.

BURLEIGH

Si es crimen dar la muerte a una proterva,  
culpádmelo sólo a mí: yo lo consiento.  
Seguidme a la prisión. Su suerte sepa.  
Esta noche...

LEICESTER

¡Esta noche! ¡Dios piadoso!

BURLEIGH

De su vida será la postrimera.

LEICESTER

¡Milord!

BURLEIGH

¡Inútil compasión! Leicester,  
ved que Isabel vuestra conducta ceda.  
Mirad por vos. ¡Temblad!

*Escena XII*

LEICESTER.

¡Oh Dios benigno!  
Protege de María la inocencia.  
Si es libre Mortimer, aún esta noche  
puede al verdugo arrebatarse su presa.  
Antorcha celestial guíe sus pasos  
y dé victoria a su valiente diestra.

ACTO V

*Escena I*

MELVIL. ANA.

ANA viste de luto.

ANA

¡Vos aquí! ¿No me engaño?

MELVIL

Esos sicarios  
me otorgan tan amargo privilegio;  
lo otorgan a los siervos de María  
que no vieron su faz en tanto tiempo.

ANA

¡Oh cielo!

MELVIL

Conducid ante sus plantas  
a un súbdito leal.

ANA

Es el momento  
que en soledad austera y religiosa  
alza sus preces últimas al cielo.  
Dignaos esperarla. El crudo golpe  
ya ve amagar a su inocente cuello;  
ya despedida del mezquino mundo  
toda se entrega al Hacedor Supremo.  
¡Oh noche de dolor! ¡oh desventura!

MELVIL

Enjugad ese llanto. Nuestro pecho  
de la común angustia exento sea  
hasta cumplir nuestro deber extremo.  
En tanto que de lágrimas ardientes  
su familia infeliz inunda el suelo  
toca a nosotros afirmar su huella  
de la mansión celeste en el sendero.

ANA

¡Melvil!

MELVIL

¿Cómo, decid, oyó María  
la infausta nueva de su fin acerbo?

ANA

¡Ay, que nueva más plácida esperaba!

MELVIL

¿Qué decís?

ANA

De esta noche en el silencio  
el bravo Mortimer con sus parciales  
romper debía sus indignos hierros.  
Esperanza falaz nos halagaba  
y este invencible amor que nuestro seno  
a la existencia guarda, aunque infelice.  
El más leve rumor nos daba aliento.  
Suena la puerta. «¡Mortimer! ¡amigo!»  
iba a exclamar la Reina. Era Pauleto  
nuncio funesto de la atroz sentencia.

MELVIL

¡Justo Dios!

ANA

¡Oh constancia sin ejemplo!  
Óyela Estuarda resignada y fuerte,  
sin palidez, sin lloro, sin lamentos.  
Mas al oír del hombre fementido  
a quien incauta sometió su pecho  
la bárbara traición, llora angustiada;  
de tanta ingratitud sucumbe al peso.

MELVIL

¡Oh culpable Leicester!

ANA

¡Oh perfidia!  
¡Y a Mortimer delata!

MELVIL

Ese mancebo  
del traidor que le vende y aprisiona  
víctima no será.

ANA

¿Qué escucho! ¿Es cierto?

MELVIL

Huyó.

ANA

¡Gran Dios! No pierdo la esperanza.

MELVIL

No esperéis salvación de humano esfuerzo.  
Implorad la eternal. Otra no resta.

*Escena II*

ANA. MELVIL. CRIADOS DE MARÍA DE AMBOS SEXOS.

La servidumbre viene vestida de negro.

MELVIL

Mas ya anuncia ese fúnebre cortejo  
a la Reina infeliz. ¿Tembláis, señora?

ANA

¡Qué! ¿ya la guían al cadalso horrendo?  
¿Ya desciende al oscuro subterráneo  
do la infame Isabel...?

MELVIL

Calmad, os ruego,  
calmad vuestro dolor.

ANA

¡Ay! ¡Yo te he visto,  
execrable mansión, y a tal aspecto  
no han cegado mis ojos! Enlutadas  
las paredes del lúgubre aposento,  
los feroces soldados, el cadalso,  
la segur, el verdugo... ¡Ah! Me estremezco.

MELVIL

Ella viene. Callad.

ANA

¡Hora terrible!

*Escena III*

MARÍA. ANA. MELVIL. CRIADOS de ambos sexos.

Preceden a MARÍA otras mujeres, vestidas también de luto y en la mayor aflicción.  
La REINA viene vestida de blanco y con la corona real en la cabeza.

MARÍA

¿Por qué tanto gemir y tanto duelo?  
¿Por qué llorarme cuando Dios benigno  
va a terminar mi largo cautiverio?  
No, no; regocijaos, que, ya libre,  
la inefable morada abierta veo.  
Cuando sepulta en tenebrosa cárcel  
blanco a la saña fuí y a los desprecios  
de una mujer feroz, merecedora  
entonces fuera yo de llanto acerbo.  
La muerte amiga y el perdón celeste  
purgan mi alma. En el trance postrimero  
Dios engrandece al miserable humano  
a quien antes postraba el hado adverso.  
Renace en mí la plácida esperanza,  
y, de noble altivez henchido el seno,  
torna a mis sienas la real diadema.  
Da algunos pasos y ve a MELVIL.  
¡Melvil! ¡Sois vos! ¡Afortunado encuentro!  
¿Vuestra piedad no cansa mi infortunio?  
Levantaos, ilustre caballero.  
De un súbdito a quien amo la presencia  
me inunda el alma en bienhechor consuelo.  
¡Bendición a mi Dios que os ha elegido  
testigo digno de mi fin sangriento!  
Pues la antorcha católica os alumbra,  
vuestro apoyo me dad.

MELVIL

Tal es mi anhelo;  
probaros mi lealtad hasta en la muerte.

MARÍA

Ya que lejana de la patria muero,  
mi adiós amargo, mi memoria extrema  
llevad a mis amigos y a mis deudos.  
Saludo al Rey francés y le bendigo;  
a Guisa, defensor de mis derechos;  
a Lorena; ...a otros ciento cuyos nombres  
dirá el escrito fiel que os encomiendo.  
En vez de oro y estados, por herencia  
mi tierno amor, mi gratitud les dejo.

MELVIL

Así lo cumpliré.

MARÍA

¡Séales grato  
este don de amistad, cual yo lo espero!  
Volviéndose a los criados.  
Del Rey de Francia en vuestro bien imploro  
la augusta protección. Id a su reino;  
segunda patria os sea, y para siempre  
de Albión huid el maldecido suelo.  
No al britano orgulloso que me oprime  
deleite un día el infortunio vuestro;  
no en vosotros me ultraje y me persiga  
mas allá de la tumba. Huid os ruego;  
juradme abandonar estas riberas  
no bien exhale mi postrer aliento.

MELVIL

Lo juramos.  
Todos tienden la mano en señal de juramento.

MARÍA

Yo misma entre vosotros  
de mi antigua opulencia el pobre resto  
acabo de partir. Ana querida,  
el oro a tu amistad no es digno precio.  
Tu tesoro más grato es mi memoria.  
He aquí el don de amor que te reservo.  
Dulce tejido que labró mi diestra,  
testigo fiel de mi dolor secreto,  
¡ay, cuántas veces te regó mi llanto!  
Con él, ¡oh amiga! hasta el sepulcro yerto  
tu cara mano cubrirá mis ojos.  
¡Triste, amargo servicio! Mas yo quiero  
recibirlo de ti.

ANA

¡Buen Dios!

MARÍA

Mis fieles,  
oíd de Estuarda el postrimer acento.  
¡Adiós! No sollocéis. En el Empíreo  
un día, así lo aguardo, nos veremos.  
Muero en la fe católica, y no rea  
del crimen que me imputan. Dios inmenso  
que mi paciencia veis, yo os la consagro.

¡Pueda con ella reparar mis yerros!  
Llegad, llegad Melvil; sobre mi frente  
extended esa mano que venero.  
La bendición de respetable anciano  
es bendición de Dios. Antes mi siervo,  
sed su intérprete ahora y su ministro.  
Cual doblasteis un día ante mi cetro  
la obediente cerviz, a vuestras plantas  
hoy humilde y contrita me prosterno.

La REINA se arrodilla delante de MELVIL, y todos se alejan.

MELVIL

María, Reina ayer, mártir ahora,  
pues plugo al Creador del universo  
la carrera abreviar de vuestros días,  
volad serena a su regazo tierno.  
Ya el crisol de la austera penitencia  
purga de inmunda liga el oro terso.  
Ya la paz del Altísimo brillando  
la vía os abre del celeste asiento.  
¡Alma cristiana, adiós! Yo te bendigo.  
¡Adiós! En las entrañas del averno  
ruge Satán, y la divina gracia  
desciende a ti del alto firmamento.

PAULETO aparece a la puerta. MELVIL va hacia él. MARÍA permanece arrodillada y en profunda meditación.

ANA

¿Qué ruido escucho? Mortimer acaso...

MELVIL

Volviéndose hacia MARÍA.  
¿Habéis, Señora, el ánimo dispuesto  
al tránsito fatal?

MARÍA

Venga la muerte.  
Sólo en mi corazón a Dios albergo,  
y por siempre en sus aras sacrifico  
toda humana pasión.

MELVIL

Ya pues sin riesgo  
a Leicester veréis. Desea hablaros:

le acompaña Burleigh.

*Escena IV*

MARÍA. Su séquito. ANA. MELVIL. LEICESTER. BURLEIGH. PAULETO.

LEICESTER y BURLEIGH se habían detenido un momento en el foro. LEICESTER permanece retirado sin levantar los ojos.

BURLEIGH

Deber severo  
me guía a vos. En nombre de mi Reina  
a obedecer vuestros mandatos vengo.

MARÍA

Soy grata a su bondad. En un escrito  
ya he trazado de mi alma los deseos.  
En cuanto a mí, pues reposar no deben  
mis reliquias, milord, en vuestros templos,  
no negaréis que a Francia y a los míos,  
mi más caro anhelar Melvil cumpliendo,  
lleve mi corazón. ¡Dulce ribera  
do mis días más plácidos corrieron,  
en este corazón siempre moraste!

BURLEIGH

¿No me imponéis, Señora, otro precepto?

MARÍA

Saludad en mi nombre a vuestra Reina;  
decidle adiós: mi corazón sincero  
la abraza y la perdona. Amargo lloro  
anega vuestra faz, noble Pauleto.  
El contagio letal de mi infortunio  
vuestras canas aflige. ¡Ay! a lo menos  
romper los hierros Mortimer alcanza  
do cayó por salvarme a mi despecho.  
Que conserve su vida. Acaso aún piensa  
en Estuarda infeliz; aún su ardimiento  
forma en mi bien designios generosos.  
Inútiles son ya. Dios le dé premio.

*Escena V*

MARÍA. SU SÉQUITO. ANA. MELVIL. LEICESTER. BURLEIGH. PAULETO. EL SHERIFF.

La puerta permanece abierta. Algunos soldados aparecen a la parte exterior.

MARÍA

¿Por qué te agitas, Ana, y te estremeces?  
¡Valor! Llegó el instante, y yo no tiemblo.  
No tu angustioso llanto me enterezca  
en el postrer adiós: sigue mi ejemplo.  
Del mundo engañoso entre tus brazos  
menos amargo me será el destierro.

A BURLEIGH.

Aún os pido otra gracia; es la postrera:  
que me siga hasta el hondo mausoleo.  
Su mano abrió a la luz los ojos míos;  
ella los cierre a perdurable sueño.

BURLEIGH

Vos lo queréis... Será.

MARÍA

No más. Partamos.  
Si un alma arrepentida ¡oh Dios eterno!  
merece bien de ti cual la inocencia,  
abre a mi fe tu omnipotente seno.

Al partir encuentra a LEICESTER. Tiembla: se doblan sus rodillas. LEICESTER la sostiene volviendo la cabeza porque no puede arrostrar su vista. La REINA le mira un momento con gravedad y en silencio.

Para salir de mi prisión, oh Conde,  
apoyo me ofrecisteis; bien me acuerdo.  
¡Cumplís vuestra palabra!

LEICESTER permanece abismado en el dolor. La REINA continúa con dulzura.

Sí, Leicester,  
de recobrar mi libertad, mi imperio,  
la esperanza halagüeña en vos un día,  
en vos solo cifraba; y, no lo niego,  
era bálsamo dulce a mis dolores  
mi redentor soñaros.

LEICESTER

¡Oh tormento!

MARÍA

Ya preparada a abandonar la tierra,  
ya que a los reinos del Empíreo vuelo  
y otra pasión mi espíritu no agita  
que el amor de mi Dios; Conde, bien puedo  
mi pasada flaqueza confesaros.  
Siempre os amé: sin mengua lo revelo.  
Adiós. Vivid dichoso. Vuestro orgullo  
quiso a dos Reinas agradar a un tiempo,  
y al insidioso el corazón amante  
osó inmolar vuestra ambición sin freno.  
Adorad a Isabel, ¡y Dios no quiera  
que venga mi baldón vuestro escarmiento!  
Ana, Melvil, seguidme. Adiós, mortales.  
Extranjera ya soy en vuestro suelo.

Parte la REINA en medio de ANA y MELVIL. El SHERIFF la precede. BURLEIGH,  
PAULETO, todos la siguen, excepto LEICESTER.

*Escena VI*

LEICESTER. SEIMUR.

LEICESTER

¡Y yo vivo! ¡Yo vivo, y desde el alto  
no baja el rayo en espantoso trueno!  
¡Ven, vuela, Mortimer! Sólo un instante...  
¡Ah! ¡Seimur! Habla.

SEIMUR

Llegando. Mortimer es muerto.

LEICESTER

¡Oh Dios!

SEIMUR

Con sus amigos generosos,  
franco ya el muro a su marcial denuedo,  
por vía oculta al calabozo vuela.  
Imprevisto escuadrón lleva a su encuentro  
de Burleigh la incesante vigilancia.  
¡Todos han perecido combatiendo!  
Venid; huyamos, Conde. En Inglaterra

gran peligro corréis. Al mar, al viento  
la vida encomendada. Fieles amigos  
os seguirán a climas extranjeros.

#### LEICESTER

Sin oír a SEIMUR.

¡Reina execrable! ¡Bárbara Isabela!

¡He aquí, prudencia humana, tus efectos!

¡Mal haya mi política afanosa!

¡Mal haya mi ambición! Yo la detesto.

Mueres, María, y en mi pecho ingrato

cual nunca enciendes amoroso fuego.

¡Ay dolor!... Mas ¿qué digo, miserable!

¿Yo amor? ¿ternura yo? ¿Cobarde cedo

a femenil piedad? Ahoga en tu alma,

¡monstruo! ahoga el atroz remordimiento;

acaba de sumirte en el oprobio

consumando tu crudo ministerio;

baja a gozar de Estuarda en la agonía,

y arma tu corazón de triple acero.

Fuera de sí marcha rápidamente hacia la puerta por donde salió MARÍA,

y se detiene de improviso.

En vano, en vano con osada planta

esta puerta fatal pasar intento.

¿Cuál infernal horror hiela mi sangre?

¡Huyamos! ¿Oyes? El suplicio fiero

bajo mis plantas se prepara. ¡Huyamos!

Tan negra imagen sostener no puedo.

Quiere salir por otra puerta lateral y la encuentra cerrada.

¡Ay, que mis pasos a la fuga cierra

un ángel vengador! Dios justiciero,

¿cuál me castiga tu tremenda saña!

¿Dónde ocultarme, dónde? En son funesto

oigo la voz que dicta su sentencia.

La exhortan. Habla ahora ¡Oh dulces ecos!

Silencio impone. Orar desea. Callan.

¿Quién sabe, ¡ay triste! si en ferviente ruego

a Dios pide perdón de mi perfidia?

Sordo murmullo en la asamblea siento.

Solloza la afligida servidumbre...

Ya nada escucho... ¡El golpe! Yo fallezco.